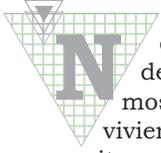


El lenguaje,

espejo de la realidad



No es necesario calificarnos de feministas cuando afirmamos que las mujeres seguimos viviendo, ya en el siglo XXI, una situación de discriminación en todos los ámbitos sociales.

Esta discriminación presenta formas más o menos sutiles, pero tiene una característica básica, y es su constante presencia en cualquier actividad humana, desde las relaciones interpersonales, a las profesionales, las familiares... desde el ámbito público al ámbito privado.

A lo largo de la historia de la humanidad se han transformado ideologías, filosofías, religiones, sistemas políticos y económicos, castas y clases sociales. En cambio, la relación social hombre-mujer ha variado poco. Se ha avanzado, no cabe negarlo, se han acortado pequeñas distancias en términos igualitarios; sin embargo, en comparación con los avances tecnológicos, con los grandes cambios dados en los sistemas de comunicación... esta relación social necesita transformarse mucho más, para llegar a ser verdaderamente equitativa y justa.

Si nos trasladamos al ámbito gramatical, tanto hombres como mujeres hemos asistido como meras espectadoras pasivas al hecho de que la gramática nos ha reducido a un papel subalterno y negativo.

Como señala Patricia Violi en la revista *Langages* «la palabra está organizada como antagonista de la esencia femenina. Para acceder a la palabra, las mujeres han de olvidarse de todo aquello que define sus diferencias específicas, las que no pueden articularse en palabras, porque constituyen el límite del discurso».

Los lingüistas discuten si las categorías gramaticales tienen que ver con la realidad de las cosas; el análisis los hace concluir sobre la falta de neutralidad del sistema lingüístico. Los hombres como espectadores y las mujeres como espectadoras, hemos asumido como hechos naturales que la concordancia –pongamos por caso– siempre está a fa-

vor del masculino; que cuando hablamos de los progenitores –padre y madre– nos baste decir «los padres»; que debemos hacer estudios rigurosos sobre el hombre de Neardenthal, sobre el hombre *habilis*, jamás sobre la mujer de Cromañón. Y curiosamente, el porcentaje de mujeres que trabaja en asesorías lingüísticas supera –y mucho– al de los hombres.

La cultura en que vivimos inmersas las personas es una cultura androcéntrica, es decir, la que establece sus modelos y sus juicios de valor en relación con los hombres, con todo aquello que se considera propio de los hombres, con sus actividades, con sus necesidades. Al mismo tiempo, nuestra cultura ignora la presencia de las mujeres, los valores tradicionalmente femeninos, las actividades que son atribuidas a las mujeres, y por consiguiente, ignora también las necesidades específicas de las niñas.

Todo esto no sucede a causa de las opciones personales de los individuos, sino que es un rasgo cultural que se ha transmitido a través de los siglos, en estado subyacente, que condiciona nuestros actos y nuestras formas de pensar.

En nuestra formación, esta característica cultural es tan profunda –a pesar de la formación universitaria– que generalmente no somos conscientes de ella. Por esta razón, si se le pregunta al profesorado sobre los comportamientos sexistas y las actuaciones androcéntricas en la vida escolar actual, suelen responder que el trato que se les da a niñas y niños, a las profesoras y a los profesores, es igualitario. Pero basta con observar más o menos sistemáticamente la vida escolar para percibir un gran número de rasgos sexistas que siempre habían pasado desapercibidos.

Las interrelaciones entre la lengua y la discriminación son tan evidentes que no cabe la menor duda de ello. Y si en el ámbito educativo no nos damos cuenta de estas discriminaciones, como personas que hemos de formar, educar, etc., la futura ciudadanía, si solamente lo ha-

remos como transmisoras de lo que hay, de lo que existe, y no como potenciadoras de la transformación social, deberemos poner en solfa muchísimas cuestiones (entre ellas los cambios tan necesarios en el ordenamiento gramatical).

Desde hace muchos años lingüistas de prestigio internacional, tanto hombres como mujeres, se han cuestionado la lentitud de los cambios en las normas gramaticales. Los cambios sociales avanzan en tiempo y forma. Los escritos sobre esta temática de Eulalia Lledó, Robin Lakoff, A. García Messeguer, Miller, Casey y Swift, Alma Sabatini, Patricia Violsa, Marina Yagüello, son testimonio de esta polémica.

Dos taras sociales deben desaparecer para poder alcanzar esta transformación, para que cambien los términos de relación hombre-mujer, nos referimos al androcentrismo y al sexismo.

El androcentrismo, como ya es sabido, considera al ser humano de sexo masculino como centro del Universo, medida de todas las cosas (hasta de los estándares en los análisis médicos), único observador válido de todo lo que sucede en el mundo. Si a eso le añadimos que es precisamente esta mitad de la humanidad la que tiene la fuerza, el poder de decisión que afecta la totalidad del género humano (la economía internacional del trabajo, la guerra, la ciencia, la policía...) domina los medios de comunicación de masas, tiene la mayoría del poder legislativo, ejecutivo y judicial, en una palabra, lo gobierna todo, nos encontramos que el avance hacia el camino de la igualdad es muy lento y difícil. Y si a ello le añadimos que el androcentrismo confunde hombres con humanidad, que lo positivo para los hombres es positivo para la humanidad, con la aceptación de esta idea por parte de muchas mujeres, el camino del avance se encuentra repleto de impedimentos.

El sexismo es una actitud que se caracteriza por el menosprecio y la desvalorización de lo que somos y hacemos las mujeres.

La mayoría de veces uno y otro van de la mano, los encontramos en plena coexistencia. El androcentrismo se manifiesta en un campo más amplio, en el ámbito público y privado, en el trabajo, en las instituciones, en los medios de comunicación; en los contenidos de las materias, de los artículos, de las películas... en cambio, el sexismo se detecta en la relación y el trato entre las personas.

Al androcentrismo lo hemos de entender como uno de los prejuicios más graves y castradores que padece la sociedad. Siguiendo las palabras de Monserrat Moreno, «impregna el pensamiento científico, filosófico, religioso y político desde hace milenios». Tantos siglos de aplicar el mismo código se puede dar el caso de que algunos y algunas creen que no haya otra manera posible de hacerlo, adiestradas en las mismas concepciones, seamos incapaces de reflexionar y de criticarlo, como si se tratara de un sistema de pensamiento inamovible.

En los centros educativos, el androcentrismo y el sexismo aún son visibles, en unos centros más que en otros. Al pasar las puertas de una escuela, de un IES, nos dirigimos al despacho del «Director», entramos y nos encontramos con una directora. Ir a la sala de «profesores» y la mayoría ser profesoras. De sobra sabemos que son las madres las que más participan en la escuela, las que más se preocupan por el aprendizaje, actitudes y problemas escolares de sus hijas e hijos. Son las que redactan las notas de las ausencias, las que más participan en las reuniones de las AMPAs, las que más acuden a las reuniones convocadas por el equipo de dirección de los centros o las tutorías, las que más se presentan a las elecciones de los consejos escolares, las que firman los boletines escolares, las agendas y hojas informativas, bajo el epígrafe, la mayoría de veces, de «tutor o representante legal».

En otro orden, aunque la LOGSE ya tenga más de un decenio de andadura, sigue habiendo en la mayoría de textos «el olvido» de la aportación de las mujeres, y siguen recomendándose las obras de escritores misóginos, sexistas y androcéntricos que son leídos, generación tras generación, transmitiéndose académicamente estas ideologías.

En cuanto a la lengua que utili-

zamos, como reflejo de la realidad, refleja, y al mismo tiempo, refuerza la visión machista y androcéntrica de la sociedad y ayuda a perpetuarlas.

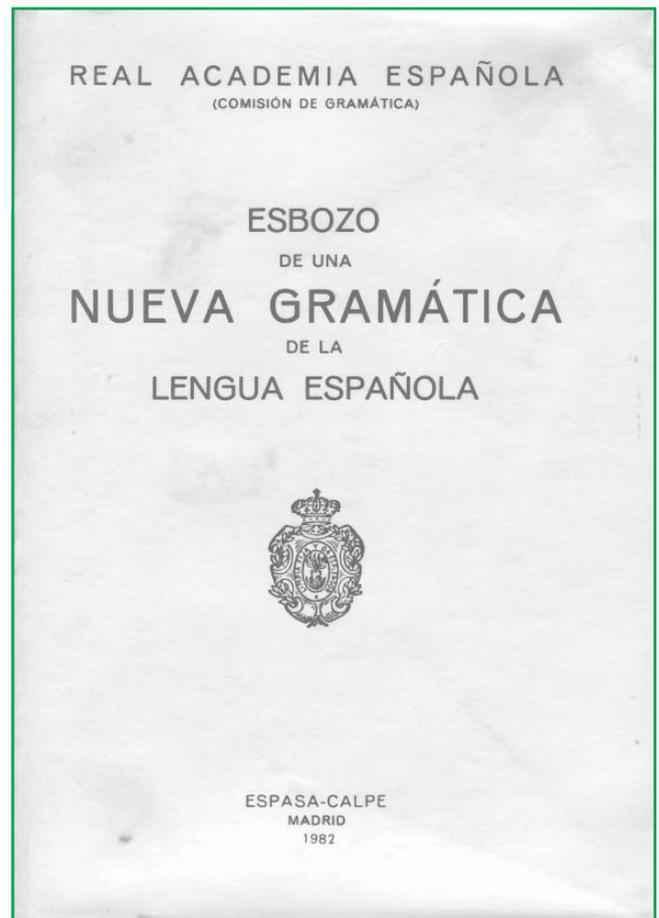
La lengua es un cuerpo que está vivo, en constante evolución. Si se detiene, muere, se extingue. Esta vez debe calificarse como fortaleza, no como debilidad. La lengua cambia, y también su valoración. Cualquier cambio social repercute directamente en el lenguaje. Se van introduciendo nuevas palabras, se crean o se transforman viejas acepciones en nuevas. Hablamos de disquet o ratón, refiriéndonos a nuevas palabras introducidas en el vocabulario informático. A pesar de que este cuerpo lingüístico evolucione, existen realidades que son muy difíciles de hacerlas desaparecer si antes no se ha producido el cambio ideológico, si no se ha cambiado el chip, y no se ha optado a la erradicación de estas discriminaciones. Si no se produce una interrelación entre el cambio de mentalidad y la lengua, la discriminación lingüística seguirá existiendo. Si la sociedad no evoluciona hacia el cambio de mentalidad, la discriminación sexista se perpetúa. Si no se cambian las estructuras sociales que mantienen y perpetúan el sexismo y el androcentrismo, el cambio en el lenguaje no será posible.

No obstante lo expuesto, hay que reconocer que se producen lentos avances que repercuten en la lengua. El constante reconocimiento del papel que las mujeres estamos asumiendo, tanto en la vida privada como en la pública, obliga a que éstas sean nombradas. Así ya no nos sirve que la palabra HOMBRE sea el referente del GÉNERO HUMANO; que «ciudadanos» no sea un referente para incluir las «ciudadanas»; que

la sigla APA debe sustituirse por AMPA... La necesidad ha impulsado al lenguaje a «hacer el femenino» de palabras que únicamente habían servido para denominar a los hombres, es el caso de «ministra», «jueza», «magistrada», «minera», «investigadora», etc.

La lengua, al encontrarse que ha de nombrar situaciones que no existían anteriormente, utiliza sus propios recursos, inventa o innova. Pero, todavía deben producirse muchos más cambios sociales ante las discriminaciones sexistas y, ni los prejuicios, ni la inercia, ni las actitudes propias a las transformaciones de las reglas gramaticales no han de frenar sus repercusiones en el lenguaje.

Una vez conseguido el primer paso para la igualdad, la concienciación social de no-discriminación sexista debe tener un efecto dominó en todos los campos de actuación del ser humano. 



Aunque se van introduciendo determinados cambios, las normas gramaticales se resisten a romper el androcentrismo.